

Condición temporal

ESA MAÑANA desperté con una sensación de liviandad que nunca antes había tenido. Por un momento pensé que se debía al hecho de que mi marido acababa de irse para siempre. El abandono inevitable y permanente sería, sin duda, lo único capaz de convencerlo de no irrumpir en mis últimos minutos de sueño. Cada mañana inventaba alguna excusa para ser él quien dijera la primera palabra, para meterse sin ningún respeto en mis fantasías y pulverizarlas con la violencia que ponía sobre cada sonido de mi nombre. En el verano la cosa empeoraba, porque el calor me obligaba a abrir las piernas extendidas y el sudor que me rodaba del pelo endurecía mis pezones. Me excitaba tanto la tensión de mi propio cuerpo que se me aceleraba la respiración y la sequedad en la boca me obligaba a mover los labios, a tragar y a gemir pidiendo algo de humedad, en un reflejo físico de esos que cruzan el umbral de la mente por la pura costumbre de la corporeidad. Pero a cambio del fluido fresco que en mi sueño apagaba el orgasmo – implosión devastadora – recibía el golpe de la voz de mi marido deformando mi nombre. Entonces el sueño se agrietaba y me encontraba con mi propia imagen acusándome, rasgándome la ropa y la piel entre chillidos incomprensibles. En medio del desconcierto y la imagen de mi cuerpo todo roto es que abría los ojos y terminaba gritando, preguntándome dónde estaba, recogéndome sobre mis piernas y pidiendo socorro. Luego venía la escena del consuelo y mi regreso a la conciencia. Como si nada hubiera pasado, como si no fuera él quien acababa de violentar mi silueta dormida, mi marido se sentaba a mi lado, me besaba la cara husmeando con disimulo entre mi pelo y mi cuello mojados, y me hacía gestos tiernos, tratando de convencerme de que todo estaba bien. Así me dejaba sobre la cama, empequeñecida de miedo, de inocencia.

Al rato lograba levantarme y me metía en el baño, donde tenía que enfrentarme una vez más con mi temida imagen. Siempre titubeaba, o usaba algún artefacto que mediara entre ella y yo, una mantilla de velo, un espejo curvo, una mascarilla revitalizante de pepinos para evitar el envejecimiento prematuro, lo que tuviera a la mano, y me iba deslizado hacia el campo del espejo. Me sorprendía ver que no había rastros visibles de la violencia, y hasta yo dejaba de creerla.

Pero esa mañana no hubo sobresaltos, sino un silencio de esos como de domingo en tierra caliente, detenido, sin viento. Me sentía muy liviana, como si hubiese perdido varios kilos durante la noche. Me senté en la cama en un movimiento extrañamente ágil, y me quedé ahí, apreciando la vista por la ventana, feliz de saberme abandonada. Quién

iba a imaginárselo, con ese miedo que tenía yo de que mi marido se fuera y me dejara a mí sola con los recuerdos de la boda, de la Carta de San Pablo y toda mi culpa de pecadora, con las marcas de los hijos futuros sobre la piel cicatrizada. Siempre había pensado que alguien tenía que compartir esas cargas conmigo, y por eso creía que estaba bien mantenerme casada.

Cuando nos casamos mi marido era un hombre de cuerpo delicado y un deseo interminable por cualquier cosa que se relacionara conmigo. A veces se ponía alguna prenda que yo hubiese usado, al principio eran fetiches privados, pero después comenzó a usarlos en público, un arete pequeño, una bufanda, y el que más recuerdo, un collar de finos trapecios de ámbar que despertó la atracción general, incluso la de los hombres que antes se fijaban en mí. Todo en él era seducción, y casarme era una manera de ponerme bajo su foco. Pero el tiempo fue pasando y su cuerpo se hizo recio, su deseo monótono y su elástico rostro se encogió casi tanto como su inteligencia. Cada día que pasaba, mi marido resultaba menos capaz de hallar tras mis secuencias de gestos, logradas con finísima inteligencia y sutil teatralidad, la clave para acceder a mi deseo, y comenzaron a agotarse las ideas de alabanzas nunca antes inventadas, con que debía aproximarse a mis superficies. Nuestro intercambio se fue deteriorando y su voz tan honda, que solía alcanzarme con la potencia de un canto de apareamiento, se convirtió en un gruñido incomprensible. A veces yo veía sus ojos desesperados tratando de anunciarme algo, pero no lograba entender una palabra, algún mundo se interpuso entre nosotros. Después comenzó a ser violento conmigo, a deformar las letras de mi nombre y pronunciarlas demasiado temprano en la mañana. Pero mis motivaciones eran fuertes, por eso seguía soportando sus agresiones. Sin embargo era un alivio que se fuera, podría despertar con la paz a que todos tenemos derecho y hablar a un ritmo normal en el idioma de los seres humanos.

Con una sonrisa de satisfacción me levanté de la cama y recorrí mi habitación con la mirada, reconociendo mi propiedad exclusiva sobre el espacio, la plenitud de la soledad. Y entonces la vi. Ahí estaba, sobre la cama, recogida sobre sus piernas y emitiendo unos grititos agudos y entrecortados. El pelo todo enmarañado y su piel blanca con rastros de heridas recientes por todo el cuerpo. Era ella, inconfundible, la que yo presentía cada mañana en el espejo, con mis gritos y mis heridas y el resto de mi peso metido en su silueta. Me le acerqué y pude ver su cuello y su pelo mojados de sudor. Ella me miró sin sorpresa, pero exigiéndome con su mirada un gesto que pudiera protegerla. No fui capaz de tocarla. En medio del llanto me decía algo casi inaudible, y con su mano encajó mi dedo en una de sus llagas abiertas. Hablaba otra lengua. No era la misma que usaba mi marido, la de él estaba hecha de sonidos claros, pero demasiado definidos como para poder unirlos y formar palabras verdaderas, era un lenguaje de continentes aislados. En cambio el de ella era una melodía leve, a la vez abrazo y profecía, un lenguaje temeroso apenas estrenado en sus labios. Sentí pesar de ella, tan liviana, tan dañada y sin poder comunicarse con el resto de las personas, ni siquiera conmigo que era casi como ella misma.

Se levantó y para fortuna mía se metió un largo rato en la ducha. Mientras tanto yo logré hacer algo de mi trabajo, que requiere completo silencio y quietud, y mirar unos momentos más por la ventana. Salió del baño desnuda, con la piel aún irritada y los ojos hinchados por el llanto. La seguí hasta el vestidor, donde eligió un vestido blanco que yo no usaba hacía años y unos zapatos descubiertos de satén. Se perfumó y comenzó a maquillarse sin musitar palabra. Yo la miraba a través del espejo, y sí, éramos cuatro. La multiplicación me preocupaba, porque donde estas anomalías con-

tinuaran ocurriendo, tendría que buscar otra alternativa para hacer mi trabajo sin perturbaciones. Tener varias mujeres en la casa sería peor que tener a un solo marido ocupando el lugar. Además las mujeres somos más móviles y con esto de la pérdida de peso, los movimientos seguramente se irían haciendo más volátiles y difíciles de predecir. A ella, en cambio, no parecía preocuparle otra cosa que cubrirse el cuerpo y salir de la casa cuanto antes. Dio vueltas por toda la casa, produciéndome verdaderas molestias para la ejecución de mi trabajo. Movi6 cada gaveta, cada mueble, como buscando rastros de algo. Empac6 ropa y objetos en un par de maletas sin siquiera pedírmelas prestadas, tom6 un caf6 y se par6 en la mitad del espacio a observarlo todo. Se me acerc6 y sentenci6 algo que parecía definitivo. Disgustada porque le era imposible hacerse entender, tom6 las maletas, las llaves y se fue.

Eso fue hace un buen tiempo. No sé cuánto. Con mi trabajo de copiar y ordenar las fotografías que me tomo para registrar cada momento de mi historia personal, para asegurar mi existencia y apreciarme siempre bella, virtuosa, brillante, no me queda mucho espacio para andar contando días o minutos de otros. Mi marido nunca volvi6, lo cual me ha traído gran tranquilidad. Ella tampoco. Muchas veces me pregunto d6nde estar6 y trato de detectarla por la ventana, pero el exterior siempre me parece tan lleno, tan contaminado de movimiento y de ruidos extraños que r6pidamente me siento saturada y vuelvo a mi labor dentro de la casa, la cual resulta cada vez m6s difícil. Hace un tiempo que dej6 de aparecer en las fotografías, así que he tenido que dedicarme a reordenar las que ya tenía, y esta mañana ya no pude ver mi imagen en el espejo. Se me ocurre que pueden ser las telarañas que lo cubren, o mis ojos que ya no se acostumbran a la oscuridad en que qued6 la casa desde que ella se fue. Mientras la situaci6n se normaliza, debo aprovechar para recorrer las fotografías una vez m6s, sobre todo las m6s antiguas. Últimamente he perdido tanto peso que apenas me reconozco.

Lina Ximena Aguirre
Ohio State University

Crítica

El encuentro con voces femeninas en los textos literarios frecuentemente revela ecos o resonancias que nos llevan hacia el trabajo y el esfuerzo de todas aquellas mujeres quienes, a través de la palabra escrita, han ido configurando una especie de “comunidad autoreflexiva” sobre el ser femenino. Tal es el caso de la voz narrativa que en el cuento *Condición temporal* nos convoca, como lectores, a ser partícipes de este esfuerzo. El rompimiento de un matrimonio funciona como detonador para el desarrollo de un mon6logo, que mediante un tono intimista y confesional, nos coloca frente a la problemática de la construcci6n de la subjetividad femenina. En calidad de interlocutores participantes asistimos al esfuerzo de re-construcci6n de la imagen del ser femenino en el que se privilegia tanto la sensualidad del cuerpo como la agudeza de los sentidos, principalmente la vista. El cuerpo y la capacidad de observaci6n guían un proceso de desdoblamiento de la voz narrativa que le permite separar al ser femenino en dos, el atormentado al interior de un matrimonio asfixiante, y aquel que ahora intenta definirse a partir de la sensaci6n de liviandad, que aumenta por la libertad de gozo que le otorgan los sentidos. Es a partir de un erotismo elegante, que manifiesta la clara conciencia

del cuerpo femenino como generador de imágenes, y la importancia de la capacidad de observación en este proceso de autorreconocimiento que este desdoblamiento se multiplica, de dos a cuatro, y amenaza con reproducirse de tal manera que produce un sentimiento ambiguo ante la posibilidad de una invasión de imágenes femeninas contradictorias. Este desdoblamiento concluye en el último párrafo con una frase que nos sorprende como interlocutores de este monólogo de autoafirmación femenina: “esta mañana ya no pude ver mi imagen en el espejo...” con lo que no se pretende concluir este proceso autoreflexivo sino re-iniciarlo, ahora desde la perspectiva de los lectores.

María Isabel Limongi
The University of Arizona